

LA VOCACIÓN RELIGIOSA

¿Por qué mi hijo, Señor?

¿Qué hacer cuando la vocación de nuestro hijo consiste en una llamada de entrega total a Dios?

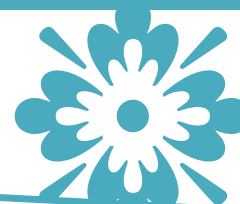
Por **Isabel Molina E.** Ilustración: **Linda Bronson**

María Victoria Vázquez se daba golpes de pecho –“mea culpa, mea culpa, mea culpa”– el día en que sus dos primeros hijos –que entonces tenían 11 y 12 años– le dijeron que se querían ir a la escuela apostólica para decidir si Dios los llamaba al sacerdocio. Desde que eran pequeños, su esposo Carlos y ella les habían enseñado a amar profundamente la voluntad de Dios, pero de ahí a pensar que tendrían que desprenderse de sus cinco hijos y verlos entregarse uno tras otro a Dios, había un buen trecho. Sus tres hijos han seguido el camino del sacerdocio en la Legión de Cristo, y sus dos hijas, la vida consagrada en el Regnum Christi.

Para Enrique Toro y su esposa Gloria, la vocación de Adriana –la mayor de sus cinco hijos– también fue una sorpresa. Aunque a los seis años ya les decía que quería ser monja, ellos

no le hacían mucho caso. “Como quien quiere ser princesa –comenta Enrique–; pensábamos que se le pasaría al hacerse mayor”. Pero no se le pasó. Al terminar la secundaria se hizo carmelita descalza y el 8 de diciembre, sor Adriana de Jesús Sacramentado tomó sus votos perpetuos. Tanto los Vázquez como los Toro están convencidos de que la vocación de sus hijos ha supuesto un cambio para mejor en sus familias. ¿Cómo pueden afirmar que han ganado tanto si han visto a sus hijos marcharse para siempre a una edad tan temprana?





“Esto es lo mío”

Cuando Adriana tenía 14 años seguía diciendo que quería ser monja, así que su padre decidió acudir a un sacerdote amigo para que los llevara a

visitar a las carmelitas de San José en Ávila. Le explicaron cómo era la vida de un convento y habló con la madre Julia, la superiora. Al salir estaba convencida: “Esto es lo mío”, le dijo a su padre.

Sin embargo, regresaron a casa y aquella niña que de pequeña llegaba sin su bufanda en pleno invierno porque se la había regalado a un mendigo por el camino, se convirtió en una adolescente rebelde. Las peleas por la hora de llegada eran constantes, y entre una discusión y otra pasaron tres años. Un día cualquiera, Adriana le dijo a su padre que necesitaba hablar con él: “Papá, quiero ir a ver a la madre Julia”. “¿Y eso?”, le preguntó él sorprendido. “Porque me doy cuenta claramente de que eso es lo mío y todo lo que estoy haciendo es sólo para intentar tapanlo, pero no hay manera”. Pocos meses después, Adriana se despidió de sus padres, mientras apagaba un cigarro para atravesar la puerta del convento. Ya han pasado cinco años.

A toda la familia le costó mucho verla marchar, pero poco a poco esa gracia especial que Dios da cuando pide algo importante, se hizo palpable. “Era una separación muy radical, pero pronto nos dimos cuenta de que ella era tremendamente feliz. El desgarramiento humano quedaba compensado por verla llena de vida y de alegría”, comenta Enrique.

La relación que tienen ahora con ella es muy distinta. La ven muy poco —sólo pueden visitarla una vez al mes—, pero aseguran que nunca antes la habían sentido tan cerca. “La vemos a través de una doble reja y no la



De izqda. a dcha.: Enrique (14), Macarena (16), Enrique Covadonga (9), Gloria, Miguel (11) y Adriana (17), dos meses antes de entrar en San José.

podemos tocar, pero estamos mucho más unidos que antes”, aseguran.

Para el cristiano, todas las vocaciones tienen un sentido apostólico, pero a algunos, Dios los elige para dedicarse de lleno a su servicio en el sacerdocio, en la entrega total en medio del mundo o en la vida religiosa. Les hace una llamada en su conciencia más íntima y al darle el “sí” ya nunca más serán los mismos.

Esta llamada es un regalo de Dios, pero aún así supone un acto especial de desprendimiento para la familia. María Victoria Vázquez, que ha visto a sus cinco hijos dar ese “sí”, explica que es normal que a veces a los padres les invada el dolor de “perder” a un hijo. “Se nos tapan los ojos y pensamos: ‘es que yo quisiera que tuviera, que fuera...’ Pero los hijos son prestados para que los llevemos al cielo y que ellos, a su vez, lleven a otras almas al cielo. Ésa es nuestra misión.” Ella ha entendido que Dios, cuando da la vocación, da también el regalo a los padres de entender esa vocación. “Para algunos esa comprensión tarda en llegar, pero cuando llega, dan saltos de alegría”, añade.

Frente al sagrario

María Victoria y Carlos llevan 25 años casados y ya se han quedado solos en casa. Bajo una perspectiva humana cuesta comprender que en una misma familia todos los hijos tengan vocación religiosa. La gente comenta: “Nunca váis a tener nietos”, “vuestros hijos no han vivido la vida”... María Victoria no se altera con



De izqda. a dcha.: Juan Carlos (23 años), María Victoria, Catalina (19), José David (25), María (20), Santiago (17) y Carlos.

ningún comentario; al contrario, está agradecida de que sus hijos sean parte de lo que ella llama “un renacer vocacional en la Iglesia”.

Sin trazarse un plan muy concreto, ella y su esposo fueron educando a los niños en la fe: rezaban juntos el Rosario, ofrecían la mesa, y alguna vez dejaban caer una que otra frase para enseñarles el amor a Dios. Unos años después, Dios se valdría de esas enseñanzas para pronunciar su llamada. “Recuerdo las palabras de José David a los 12 años cuando regresó de una convivencia en la escuela apostólica: ‘Papá y mamá, vosotros nos habéis enseñado que delante del sagrario es donde Dios nos deja ver lo que quiere de cada uno. Pues a mí me ha dicho que quiere que me quede en la escuela apostólica’”. Se quedó y el año pasado, a sus 24 años, hizo los votos perpetuos.

¿Y qué pasa si mi hijo cree tener vocación y las cosas no salen bien? Durante estos años de seguir los pasos a Adriana, Enrique Toro ha meditado y contesta: “Si no va bien, lo importante es que ella en ese momento dijo sí. El futuro no sé cómo será pero en ese momento ella dijo sí... ¡Y cuánta ganancia!”. Su recomendación para los padres que presencian el proceso de discernimiento vocacional de un hijo es que no piensen que por responsabilidad deben frenar o retrasar esta decisión: “Dios llama al que quiere y como quiere; si las cosas se hacen por Dios, Él no nos falla”. 